

muscular. Fácil es presumir la suerte que me esperaba; mas el animal mismo, asombrado del nuevo peligro que le amenazaba, hizo un esfuerzo violento y dando un bote en direccion á la parte de tierra, se lanzó á diez piés del borde del abismo (1).

Reconocida la herida, se halló que solo tenia una fractura simple en el brazo, y con dos tablillas, un vendaje y un cabestrillo completé mi curacion. Mi holandés no quiso pasar adelante, y recibido el precio de su trabajo, se volvió á su casa. En cuanto á mí, hice un nuevo trato con los canadienses del Niagara, que tenian parte de su familia en San Luis de los illeses en el Misisipi, y continué mi viaje.

El manuscrito presenta aquí una ojeada general de los lagos del Canadá.

LAGOS DEL CANADA.

La masa de las aguas del lago Erié descarga en el lago Ontario, despues de haber formado la catarata del Niagara, y en las orillas de él hallan los indios el bálsamo blanco producido por el balsamero; el azúcar que se extrae del arce, nogal y cerezo; el tinte rojo en la corteza de la *perrussa*; la techumbre de sus baracas en la corteza del árbol blanco; el vinagre en los racimos verdes del vinagrero; la miel y el algodón en las flores del hisopo silvestre; el aceite para el cabello en el girasol, y una panacea para las heridas en la *planta universal*. Los europeos han sustituido estos beneficios de la naturaleza por productos artificiales: los salvajes han desaparecido.

El lago Erié tiene mas de cien leguas de circunferencia, y las naciones que poblaban sus orillas han sido exterminadas por los iroqueses hace ya dos siglos. Algunas hordas errantes infestaron despues aquellos lugares, donde nadie osaba detenerse.

Espanta ver á los indios aventurarse en frágiles barquillas, formadas de corteza de árboles en un lago en donde son terribles las tempestades. Cuelgan sus manitas en la popa de las canoas, y lanzándose á través de los torbellinos de nieve, atraviesan por en medio de las ondas bramadoras, de aquellas ondas que ya al nivel del borde de las canoas ó sobreponiéndose á ellas, parece intentan tragárselas. Los perros de los cazadores, apoyando las patas en los costados de ellas dan ladridos lastimeros, mientras que sus amos guardan un silencio profundo y hieren las olas mesuradamente con sus remos. Sus canoas avanzan todas en hilera, viéndose de pié en la proa de la primera uno de sus gefes que repite el monosilabo oah; la primera vocal dando una nota elevada y corta, y la segunda dando otra grave y larga. En la última canoa, otro gefe tambien en pié sobre ella, maneja un gran remo en forma de timon; y los demás guerreros, sentados en el fondo de las canoas con las piernas cruzadas, navegan impávidos á través de la niebla, de la nieve y de las ondas, distinguiéndose solo las plumas que adornan las cabezas de los indios, el estirado cuello de los dogos ahulladores, y las espaldas de dos saquems que hacen los oficios de piloto y augur, pudiendo creérseles los dioses de aquellas aguas.

El lago Erié es tambien famoso por sus serpientes. Al Oeste de este lago, desde las islas de las Culebras hasta las orillas del continente, y en un espacio de mas de veinte millas se extienden anchos nenúfares, cuyas hojas, en estío están cubiertas de serpientes entrelazadas unas á otras. Cuando los reptiles se mueven á los rayos del sol, se ven rodar sus anillos matizados de azul, púrpura, oro y ébano, no distinguiéndose en sus horribles nudos doble, ó triplemente

(1) *Ensayo histórico.*

formados, mas que ojos chispeantes, lenguas de tres dardos, fauces de fuego y colas armadas de agujones y campanillas que se agitan en el aire á manera de látigos. Un silbido continuo y un rumor parecido al que forman las hojas secas al rodar por el suelo de las selvas, salen de aquel impuro Cocito.

El estrecho que abre paso, desde el lago Huron al lago Erié, debe su renombre á sus bosques y praderas. El lago Huron abundante en pesca, lo es muy especialmente en *artkamegues* y truchas que suelen pesar hasta doscientas libras. La isla de Matemoulin, famosa en otro tiempo, la poblaba el resto de la nacion de los Ontawais, que los indios creian descendiente del gran Castor, habiéndose observado que el agua del lago Huron, así como la del lago Michigan, crece durante siete meses y disminuye en la misma proporcion, durante otros siete. Todos estos lagos tienen un flujo y reflujo mas ó menos sensible.

El lago Superior ocupa un espacio de mas de cuatro grados, entre los 46° y los 50° de latitud Norte, y no menos de ocho, entre los 87° y los 93° de longitud Oeste del meridiano de París; es decir que este mar interior tiene cien leguas de ancho y cerca de doscientas de largo, con una circunferencia de seiscientas leguas, poco mas ó menos.

Cuarenta rios reunen sus aguas en este inmenso recinto, y entre ellos, el Allinipigon y el Michipicoton son considerables, tomando este último su origen en las cercanías de la bahía de Hudson.

Muchas islas adornan este lago inmenso, figurando en primera linea la isla Maurepas, en la costa septentrional; la isla Pontchartrain en la ribera oriental; la isla Minong, hácia la parte meridional, y la isla del Gran-Espíritu ó de las Almas, al Occidente, que podria constituir el territorio de un Estado europeo, pues tiene treinta y cinco leguas de largo y veinte de ancho.

Los cabos mas considerables del lago son: la punta Kioucouan, especie de istmo que entra dos leguas en las olas; el cabo Minabeaujou, semejante á un faro; el cabo Trueno, cerca de la bahía del mismo nombre, y el cabo Rochedebout, que se eleva perpendicularmente sobre las playas como un obelisco mutilado.

La ribera meridional del lago Superior es baja, arenosa y sin abrigo: las costas septentrionales y orientales son por el contrario montañosas, y presentan una serie de rocas cortadas á pico. El lago mismo está abierto en la roca. A través de sus ondas verdes y transparentes, se descubren á mas de 30 ó 40 piés de profundidad masas de granito de diferentes formas, algunas de las cuales parece han sido recientemente serradas por la mano del obrero. Cuando el viajero, sacando de rumbo su canoa, mira inclinado sobre un costado, la cresta de aquellas montañas submarinas, no puede gozar mucho tiempo de aquel espectáculo porque sus ojos se turban y experimenta vértigos.

Admirada de la gran extension de aquel depósito de aguas, la imaginacion se dilata con el espacio; y segun el instinto comun de todos los hombres, los indios han atribuido la formacion de aquel inmenso lago á la misma potestad que redondeó la bóveda del firmamento, uniendo de este modo á la admiracion que inspira la vista del lago Superior, la solemnidad de las ideas religiosas.

Aquellos salvajes se han sentido arrastrados á hacer de aquel lago el objeto principal de su culto, por el aspecto misterioso que la naturaleza plugo dar á una de sus mas grandes obras. El lago Superior tiene un flujo y reflujo irregulares, y las aguas, en los grandes calores del estío, están frias como la nieve á medio pié bajo su superficie, con la particularidad, de que esas mismas aguas se hielan muy rara vez en los inviernos rigorosos de aquellos climas, y en las épocas en que el mismo mar no resiste á la influencia de los hielos.

Las producciones naturales varian segun la dife-

rencia de los terrenos, y así es que en la costa oriental no se ven mas que selvas de arces raquíticos y degenerados, que crecen casi horizontalmente en la arena, mientras que en la de Norte, allí donde la roca viva concede á la vegetacion alguna garganta ó alguna condicion de valle, se perciben matorrales de groselleros sin espinas, y guirnalda de una especie de vid que da un fruto parecido al frambueso, aunque de un color de rosa mas pálido. En cuanto á árboles de mayor corpulencia, solo se descubren esparcidos sin orden algunos pinos aislados.

Entre la multitud de perspectivas que ofrecen estas soledades, dos son especialmente dignas de observacion.

Entrando en el lago Superior por el estrecho de Santa María, se descubren á la izquierda, algunas islas formadas en semicírculo, y que plantadas de árboles en flor, parecen ramilletes nacidos en el agua; y á la derecha, los cabos del continente se internan en las ondas, cubiertos unos con una menuda yerba, cuyo verdor se une al doble azul del cielo y de las aguas, formados otros de una arena roja y blanca que destacándose del fondo azulado del lago, parecen cortes de obra de marquetefia. Entre estos cabos largos y desnudos se entremezclan altos promontorios cubiertos de bosques, que se repiten invertidos en el líquido cristal sombreado por sus copas; y los árboles, unas veces reunidos, y otras diseminados, forman, ya una espesa cortina sobre la costa, ó bordan la tierra á manera de guirnalda. En este caso sus troncos separados ofrecen puntos de óptica, maravillosos; y las plantas, las rocas, y los colores, ora disminuyen de proporcion, ora varían su tinte á medida que el paisaje se aleja ó se aproxima al observador.

Las islas al Mediodia y los promontorios al Oriente, inclinándose unos hácia otros por el Occidente, forman y abrazan una vasta y tranquila rada cuando la tempestad agita las otras regiones del lago. Millares de peces y aves acuáticas se crian en aquellas aguas, distinguiéndose el pato negro del Labrador, encaramado en las crestas de los escollos que rodean las aguas, y que aislado y solitario parece envidiar los festones de su blanca espuma: los somormujos se ocultan, aparecen y vuelven á desaparecer: el ave de los lagos resbala sobre la superficie de las olas, y el martin-pescador agita rápidamente sus alas azules para fascinar su presa.

Por la otra parte, cerrando las islas y los promontorios aquella rada, en la desembocadura del estrecho de Santa María, la vista descubre el plano fluido é ilimitado del lago. Las superficies movibles de aquellas llanuras se elevan y se pierden gradualmente en la extension, pasando del verde de esmeralda al azul claro, despues al lapis-lázuli y por último al turquí. Cada matiz se confunde en el otro, y el último, ó se pierde en el horizonte, ó se une al cielo por una linea de sombra azul.

Esta preciosa perspectiva del lago, es propiamente un cuadro de estío; pero cuando debe gozarse de toda su hermosura es cuando la naturaleza está tranquila y risueña. El segundo paisaje, por el contrario, representa una escena del invierno y exige una estacion borrascosa y despojada de atractivos.

Cerca del rio Allinipigon se eleva una roca enorme y aislada que domina el lago. Al Occidente se despliega una cadena de rocas, echadas ó extendidas unas, y como plantadas otras en el suelo, estas hendiendo el aire con sus picos áridos, y aquellas con sus cimas redondeadas: sus flancos verdes, rojos ó negros, retienen la nieve en sus profundas grietas, uniendo al alabastro mas puro, el color de los granitos y de los pórfidos.

Allí crecen algunos de esos árboles de forma piramidal que la naturaleza enlaza á su gran arquitectura é imponentes ruinas, y son como las columnas

que adornan aquellos suntuosos edificios, ya permanezcan erguidos, ó yacean confundidos entre el polvo: el pino se eleva sobre los plintos de las rocas; y las yerbas erizadas de carámbanos, pendentísteramente de sus cornisas, creyéndose ver las ruinas de una ciudad en los desiertos de Asia: pomposos monumentos que antes de su caída dominaban los bosques, y hoy ostentan frondosas selvas en sus restos derrumbados.

Detrás de la cadena de rocas que acabo de describir, se abre á manera de surco, un estrecho vallecillo atravesado por su centro por el rio Tumba. Este valle no ofrece en estío mas que un musgo débil y enrojecido, dibujando los intersticios de las rocas con unas especies de hongos de sombreretes de diversos colores. Durante el invierno, el cazador no puede descubrir en aquella soledad llena de nieve, á las aves y á los cuadrúpedos, cubiertos con la blancura de las escarchas, sino por los picos colorados de las primeras, y los negros hocicos y sanguinarios ojos de los segundos. Al fin del valle, y en una perspectiva lejana, se descubre la cima de las montañas hiperbóreas, donde Dios ha situado las fuentes de los cuatro rios mas grandes de la América Septentrional. Nacidos en la misma cuna, van á confundirse despues de un curso de mil doscientas leguas en cuatro Océanos distintos colocados en los cuatro puntos del horizonte: el Misisipi se pierde por el Sur en el golfo Mejicano; el Ontawais se precipita por el Norte en los mares del Polo; el San Lorenzo corre por el Oriente al Atlántico; y el rio del Oeste lleva por el Occidente el tributo de sus aguas al Océano de Nontouka (1).

A esta ojeada acerca de los lagos, sigue el principio de un diario que no contiene mas que la indicacion de las horas.

DIARIO.

SIN FECHA.

El cielo brilla en todo su pureza sobre mi frente, y las ondas se deslizan limpidas bajo mi canoa que huye impelida por una ligera brisa. A mi izquierda, veo colinas cortadas á pico, flanqueadas por rocas de donde penden convólucos de flores blancas y azules, festones de bignonias, largas gramíneas, y plantas saxátiles de todos colores, y á mi derecha se dilatan vastas praderas. A medida que avanza la canoa, se descubren nuevas escenas y nuevos puntos de vista; ora valles solitarios y risueños, ora colinas desnudas de vegetacion; veo allá un ligero bosque de arces, donde se muestra el sol como á través de un delicado encaje.

¡Libertad primitiva, te encuentro al fin! y paso ante tí como esa ave que vuela á mi vista y que sin direccion determinada duda solo cerca de la sombra que eligirá para reposar. Heme aquí tal como el Todopoderoso me ha criado, soberano de la naturaleza y llevado en triunfo por las aguas. Los habitantes de los rios acompañan mi carrera, los pueblos que moran en el aire regalan mi oído con sus himnos, las bestias de la tierra me saludan, las selvas inclinan sus flexibles copas á mi paso. ¿El sello inmortal de nuestro origen se ha grabado en la frente del hombre social ó en la mia? Corred á encerraros en vuestras ciudades, id á someteros á vuestras mezquinas leyes, ganad vuestro pan con el sudor de vuestra frente, ó devorad el pan del pobre, degollaos por una palabra, por un señor, dudad de la existencia de Dios, ó adoradle bajo formas supersticiosas; yo en tante vagaré por mis soledades; no reprimiré el menor latido de mi corazon; ni uno solo de mis pensamientos será encadenado; seré tan libre como la naturaleza, y no reconoceré otra soberanía

(1) Geografía errónea de aquel tiempo, modificada hoy.

que la del que encendió la lumbrera de los soles y que la solo impulso de su mano hizo girar todos los mundos.

A las siete de la tarde.

Hemos atravesado la horca del río y seguido el brazo del Sud-Este. Hemos buscado á lo largo del canal una playa donde desembarcar, y hemos entrado en una especie de fuente que se abre bajo un pronatorio coronado da una arboleda de tulíperos. Sacada á tierra nuestra canoa, unos han reunido ramas secas para encender lumbrera, otros han preparado el ajoupa, y yo he tomado mi escopeta y me he internado en el bosque vecino.

Apenas he andado cien pasos, he encontrado una manada de pavos, ocupados en comer bayas de helecho y frutos de almezo. Estas aves difieren bastante de las de su raza aclimatadas en Europa; son mas gruesas, y su plumaje es de color de pizarra bañado de un rojo cobrizo en el cuello, el lomo y la extremidad de las alas; segun los reflejos de la luz este plumaje brilla como el oro bruñido. Estos pavos silvestres se reúnen frecuentemente en grandes manadas, y por la noche se suben á las copas de los árboles mas elevados. Al amanecer dan desde lo alto de estos árboles un grito repetido, y poco despues de salir el sol, sus clamores cesan, y bajan á las selvas.

Nos hemos levantado muy de mañana para partir con la fresca, y reembarcados los bagajes hemos desplegado nuestra vela. Por ambos lados teníamos tierras elevadas cubiertas de arboledas, y el follaje presentaba todos los matices imaginables: el escarlata huyendo sobre el rojo, el amarillo oscuro sobre el oro brillante, el moreno vivo sobre el moreno ligero, el verde, el blanco, el azul, lavados en mil tintas mas ó menos débiles, mas ó menos brillantes. A nuestra proximidad resplandecía toda la hermosa variedad de prisma, y lejos de nosotros en las revueltas del valle, los colores se mezclaban y perdian en fondos aterciopelados. Los árboles á pesar de sus diversas formas armonizaban entre sí; los unos se desplegaban á modo de abanico, los otros se elevaban en cono, estos se rodeaban en bola, y aquellos se cortaban en pirámide; pero es preciso contentarse con gozar de este espectáculo sin procurar describirlo.

A las diez de la mañana.

Adelantamos lentamente. La brisa ha cesado, y el canal empieza á estrecharse: la atmósfera se cubre de nubes.

Al medio dia.

Es imposible remontar ya mas en nuestra canoa, y por lo tanto, se hace indispensable cambiar nuestro modo de viajar; vamos á sacar nuestra canoa á tierra, á tomar nuestras provisiones, nuestras armas y nuestros trajes de noche, y á penetrar en el bosque.

A las tres.

¿Quién describirá la sensacion que se experimenta al entrar en estas selvas tan antiguas como el mundo, y que son las únicas que dan un idea de la creacion, tal y como salió de las manos de Dios? El dia, declinando á través de un velo de follaje, reparte en la profundidad del bosque una media luz vacilante y móvil, que imprime á los objetos una grandeza fantástica. No se fija la planta en un paraje donde no haya que saltar árboles caídos, sobre los que se elevan otras generaciones de árboles. Buscó en vano una salida á aquellas soledades; engañado por una luz mas viva, avanzo á través de las yerbas, ortigas, musgos,

lianas y del espeso humus formado de los restos de los vegetales; pero solo llego á una claridad formada por algunos pinos caídos. Bien pronto la selva se hace mas sombría, y la vista no descubre sino troncos de encinas y nogales, que se suceden los unos á los otros, y parecen oprimirse á manera que se alejan: la idea del infinito está á mi vista.

A las seis.

He visto de nuevo otra claridad, y me he dirigido hácia donde se descubria. He llegado al punto donde brillaba, y he hallado solo un triste campo mas melancólico que las selvas que le rodean. Este campo es un antiguo cementerio indio. Permitaseme me detenga un instante en esta doble soledad de la muerte y de la naturaleza; ¿hay un asilo donde pudiese dormir mejor para siempre?

A las siete.

No pudiendo salir de aquellos bosques, hemos acampado. La reverberacion de nuestra hoguera se extiende á larga distancia: iluminada la hojarasca por su parte inferior con el resplandor escarlata que produce el fuego, parece ensangrentada: los troncos de los árboles mas cercanos se elevan á guisa de columnas de granito enrojecido, pero los mas distantes, á penas iluminados por la luz, se asemejan en la profundidad del bosque, á pálidos fantasmas reunidos en círculo en una noche profunda.

Media noche.

El fuego empieza á extinguirse, el círculo de su luz se disminuye. Escucho: una calma formidable pesa sobre aquellas selvas; se diria que el silencio sucede al silencio. Procuro aunque en vano escuchar en aquella tumba universal algun ruido que revele la vida. ¿de dónde emana ese suspiro? de uno de mis compañeros: se queja aunque dormido. Tú vives, pero sufres: ¡hé aquí el hombre!

Las doce y media.

El reposo continua; pero el árbol decrepito se rompe y cae. Las selvas mugen, y mil voces se levantan. Muy pronto los rumores se debilitan, se extinguen en lejanías casi imaginarias, y el silencio invade de nuevo el desierto.

Una de la mañana.

El viento se levanta, y corriendo sobre la copa de los árboles, los sacude al pasar sobre su cabeza. Al presente es como la ola del mar que se quiebra tristemente sobre la ribera.

Unos sonidos han despertado otros sonidos. La selva es ya toda armonía. ¿Son los graves ecos del órgano los que escucho, mientras rumores mas ligeros vagan en las bóvedas de verdura? Un corto silencio interrumpe aquellos acordes, la música seria comienza, y por do quiera se escuchan dulces quejas, murmullos que encierran otros murmullos: cada hoja habla un lenguaje distinto; cada tallo de la yerba da una nota particular.

Una voz extraordinaria retumba en las selvas: es la de aquella rana que imita los mugidos del toro. El bosque todo resuena con los cantos monótonos de los murciélagos que permanecen asidos á las hojas, creyéndose oír clamores continuos, ó el fúnebre tañido de una campana. Todo en la naturaleza nos recuerda alguna idea de la muerte, porque esta idea está en el fondo de la vida.

A las diez de la mañana.

Hemos vuelto á emprender nuestra marcha: descendiendo á un vallecillo inundado, nos han servido de puente para atravesar el pantano las ramas de la encina-sauce, extendidas de una á otra raíz de junco. Preparamos nuestra comida al pié de una colina cubierta de árboles que escalamos bien pronto para descubrir el río que buscamos.

A la una.

Nos hemos vuelto á poner en marcha, y las gallinetas nos prometen para esta tarde una buena comida.

El camino es escarpado, apenas hay árboles, y unos matorrales resbaladizos cubren el flanco de la montaña.

A las seis.

Hemos conseguido por fin llegar á la cima, y desde ella solo hemos divisado en el fondo del valle la copa de los árboles que lo cubren, descollando solo entre aquel mar de verdor algunas rocas aisladas á manera de escollos elevados sobre la superficie del agua. El esqueleto de un perro suspendido de la rama de un abeto, anuncia el sacrificio indio ofrecido al genio de aquel desierto. Un torrente se precipita á nuestros piés, y va á perderse en un río de escasa corriente.

A las cuatro de la mañana.

La noche ha sido pacífica y nos hemos decidido á volver á buscar nuestro bajel, en vista de que no tenemos esperanza de hallar camino en aquellos bosques.

A las nueve.

Nos hemos desayunado bajo un vetusto sauce cubierto de convólulos y debilitado por largos hongos. A no ser por los mosquitos en que abunda este sitio, seria muy agradable; pero nos hemos visto precisados á hacer una gran humareda de madera verde para cazar á nuestros enemigos. Los guías me han anunciado la visita de algunos viajeros que en dos horas de marcha, poco mas ó menos, estarían con nosotros. Esta finura de oído es tan prodigiosa, que hay indio que oye las pisadas de otro á cuatro ó cinco leguas de distancia, aplicando el oído á la tierra. Al cabo de las dos horas hemos visto llegar efectivamente una familia salvaje: ha dado un grito de bienvenida, y hemos contestado con alegría.

Al medio dia.

Nuestros huéspedes nos han dicho que hacia dos dias que nos habian oído, y que sabian que éramos de *carnes blancas*, porque el ruido que hacíamos al andar era mas fuerte que el que hacían los de las *carnes rojas*. He preguntado la causa de aquella diferencia, y me han contestado la advertían en el modo de romper las ramas y abrirse paso por las selvas. El blanco revela tambien su raza por lo pesado de su paso, además de que el ruido que produce no aumenta progresivamente: el europeo da vueltas por los bosques; el indio marcha en línea recta.

La familia india se componia de dos mujeres, un niño y tres hombres, y restituidos todos al bajel, encontramos un gran fuego en la orilla del río. Una benevolencia mútua reina entre nosotros: las mujeres han cuidado de nuestra comida, compuesta de salmónes y una arrogante pava, mientras nosotros con los *guerreros* fumábamos y conversábamos en compañía. Al otro dia nuestros amables huéspedes nos ayudaron

á llevar la canoa á un río, á cinco leguas de distancia del en que estábamos.

Aquí termina el diario, pero una página separada y que se halla á su final, nos transporta al centro de los Apalaches. Hé aquí su contenido.

Estas montañas no son como los Alpes y los Apeninos, montes agrupados regularmente unos sobre otros, elevando sobre las nubes sus cimas cubiertas de nieve. Por el Oeste y el Norte, parecen muros perpendiculares de algunos miles de piés de elevacion, y desde cuya altura se precipitan rios que vierten sus aguas en el Ohio y el Misisipi. En aquella especie de gran fractura, se descubren senderos que se precipitan en medio de los precipicios, cruzándose con los torrentes; senderos y torrentes adornados en sus orillas por una especie de pino, cuya copa es de color de verde-mar, y cuyo tronco casi de arbusto, está salpicado de manchas oscuras producidas por un musgo raso y negro.

Pero por la parte del Sur y del Este, los Apalaches no merecen llamarse montañas, puesto que sus cimas bajando gradualmente hasta el suelo que limita el Atlántico, vierten en él rios que fecundan las selvas de encinas, arces, nogales, moreras, castaños, pinos, abetos, copalmas, magnolias y mil otras especies de arbustos floridos.

Despues de este corto fragmento hay un trozo bastante extenso sobre el curso del Ohio, y del Misisipi, desde Pittsboug hasta los Natchez. La narracion empieza con la descripcion de los monumentos del Ohio, y aun cuando en el *Genio del Cristianismo* hay un pasaje y una nota, relativos á estos monumentos, lo que allí he dicho difiere bastante en muchos puntos de lo que transcribo aquí (1).

Imaginémonos unos restos de fortificaciones ó monumentos ocupando una extension inmensa, y observáremos desde luego cuatro especies de obras, á saber: bastiones cuadrados, lunas, medias lunas, y túmulos. Los bastiones, las lunas y medias lunas son regulares; los fosos anchos y profundos; las trincheras hechas de tierra con parapetos en plano inclinado; pero los ángulos de los glasis corresponden á los de los fosos, y no se inscriben como el paralelógramo en el polígono.

Los túmulos son sepulcros de forma circular, y abiertos algunos de ellos, se ha hallado en su fondo un ataúd formado de cuatro piedras en el cual hay osamentas humanas. Este féretro sostenia otro, que contenia otro esqueleto, y así sucesivamente hasta la cúspide de la pirámide, que podia tener veinte ó treinta piés de elevacion.

Estas construcciones, desde luego se echa de ver no pueden ser obra de las actuales naciones de la América, y los pueblos que las han elevado han debido tener un conocimiento en las artes superior aun al de los mejicanos y peruanos.

(1) Desde la época en que escribí aquella Disertacion, los sabios y las sociedades arqueológicas americanas, han publicado varias *Memorias sobre las ruinas del Ohio*, que son curiosas bajo dos aspectos:

1.º Porque recuerdan las tradiciones de las tribus indias, que dicen han venido de Oeste á las playas del Atlántico, un siglo ó dos (á lo que se puede juzgar), antes del descubrimiento de la América por los europeos, y que cuentan tuvieron que combatir muchos pueblos en sus largas marchas, y especialmente los que habitaban en las orillas de Ohio, etc.

2.º Las *Memorias* de los sabios americanos hacen mencion del descubrimiento de algunos ídolos encontrados en las tumbas; ídolos que tienen un carácter puramente asiático. Parece cierto haber florecido en el valle del Ohio y del Misisipi un pueblo mucho mas civilizado que los salvajes actuales de la América. ¿Pero cuándo y cómo ha perecido? Esto es lo que quizá no se sabrá nunca. Estas *Memorias* de que me ocupo son poco conocidas, aunque injustamente, y puede

¿Se atribuirán estas obras á los europeos modernos? Respecto á esto no recuerdo que Fernando de Soto, que fue el que penetró antiguamente en las Floridas, haya avanzado mas allá de la ciudad de Chicassas, por uno de los brazos del Mobile; y por otra parte, ¿cómo un puñado de españoles hubiera podido remover toda aquella tierra, y con qué objeto?

¿Serán los cartagineses ó fenicios los que en otro tiempo hayan sido arrojados á aquellas regiones americanas en su comercio al rededor de Africa y las islas Casiterides? Pero antes de penetrar tanto en el Oeste han debido establecerse en las costas del Atlántico: ¿por qué pues no se halla la menor huella de su paso en la Virginia, las Georgias y las Floridas? Además, ni los fenicios ni los cartagineses enterraban sus muertos del modo que lo están los de las fortificaciones del Ohio. Los egipcios practicaban una costumbre parecida; pero las momias estaban embalsamadas y las de las tumbas americanas no lo están; y no se diga que faltaban los ingredientes, pues las gomas, resinas, alcanfores y sales se encuentran por do quiera.

¿Habrá existido la Atlántida de Platon? ¿El Africa en los siglos desconocidos, se extendería á la América? Sea lo que quiera, es indudable que una nacion ignorada ha morado en aquellos desiertos, nacion superior á las generaciones indias del presente. ¿Cuál era esta nacion? ¿Qué revolucion la ha destruido? ¿Cuándo ha acaecido este acontecimiento? Cuestiones son estas que nos conducen á la inmensidad del pasado, donde los siglos, como los sueños, solo producen confusion.

Las obras de que me ocupo se encuentran á la embocadura del gran Miamis, en la del Muskingum, en la especie de *puerto de la Tumba*, y en uno de los brazos del Scioto: los que costean este rio ocupan un espacio de mas de dos horas de camino, bajando hácia el Ohio. En el Kentucky, á lo largo del Teneseo, y en el país de los Siminoles, no se puede dar un paso sin descubrir algunos vestigios de esos monumentos.

Los indios están acordes en que cuando sus padres vinieron del Oeste hallaron las obras del Ohio tal como hoy se encuentran, variando solo la fecha de esta emigracion india de Ocaso á Levante, segun la nacion que lo refiere. Los Chicassas, por ejemplo, llegaron á los fuertes que cubren las fortificaciones, hace dos siglos, y tardaron siete años en realizar su viaje, no marchando mas que una vez cada año, y llevando consigo los caballos robados á los españoles, de cuya presencia huian.

Otra tradicion pretende, que las obras del Ohio hayan sido hechas por los indios blancos. Estos, segun los indios rojos, debian haber venido de Oriente, y cuando dejaron el lago sin orillas (el mar), estaban vestidos como los de las carnes blancas de hoy.

Fundándose en esta débil tradicion, se ha dicho que hácia el año 1170, Ogan, príncipe del país de Gales, ó bien su hijo Madoc, se embarcó con una gran parte de sus súbditos (1), y abordó á unos países desconocidos, hácia el Occidente. ¿Pero es posible imaginar que los descendientes de aquel galo hayan podido construir las obras del Ohio, cuando se les supone perdidas todas las artes, y reducidos á un puñado de guerreros errantes, y vagando por los bosques como los demás indios?

Háse tambien pretendido que en las fuentes del Missouri viven numerosos pueblos civilizados, resguardados por recintos militares, semejantes á los de las orillas del Ohio; que estos pueblos se sirven de caballos y otros animales domésticos; que tienen

hallárselas en el diario titulado: *Nuevos anales de los viajes*.

(1) Esta es una alteracion de las tradiciones islándicas, y de las historias poéticas de los Saggas.

ciudades y caminos públicos, y que son gobernados por reyes (2).

La tradicion religiosa de los indios acerca de los monumentos de sus desiertos, no está conforme con su tradicion histórica. Hay, dicen ellos, en medio de aquellas obras una caverna que la atribuyen ser la del Grande Espíritu, de aquel Grande Espíritu que crió en ella los Chicassas. El país en aquel tiempo, estaba cubierto de agua, viendo lo cual el Grande Espíritu, fabricó muros de tierra para poner á secar sobre ellos á los Chicassas.

Pasemos á la descripcion del curso del Ohio. Este rio está formado por la reunion del Monongahela y del Alleghany: el primero baja al Sur en las montañas Azules ó Apalaches; y el segundo en otra cadena de aquellas montañas, situada al Norte entre los lagos Erié y Outario, comunicándose el Alleghany con el primero de estos por medio de una corta travesía. Ambos rios se unen mas abajo del fuerte, llamado antiguamente fuerte Duquesne, y hoy el fuerte Pitt ó Pittsburgh: su confluencia se verifica al pié de una alta colina de carbon de piedra, y mezclándose sus aguas pierden sus nombres, siendo solo conocidas con el de Ohio, que significa con razon *hermoso rio*.

Mas de sesenta rios enriquecen á este con su caudal, y aquellos cuyo curso viene del Este y Mediodía salen de las alturas que dividen las aguas tributarias del Atlántico, de las que bajan al Ohio y Missisipi: los que nacen al Oeste y al Norte manan de las colinas, cuya doble vertiente alimenta los lagos del Canadá, y provee al Misisipi y al Ohio.

El espacio que recorre este último rio ofrece en su conjunto un ancho valle, limitado por colinas de iguales alturas; pero á medida que se viaja por las aguas, desaparecen los detalles.

Imposible es hallar un suelo mas fecundo que las tierras regadas por el Ohio, pues en sus colinas se producen selvas de pinos rojos, bosques de laureles, mirtos, arces de azúcar y encinas de cuatro especies: los valles dan nogales, alisos, fresnos y tuliperos, y los pantanos producen el abedul, el álamo y el ciprés-calvo. Los indios hacen estofas con la corteza del álamo; comen la cutícula del abedul; emplean la sávia de la *bourgine* para curar la fiebre y cazar las serpientes; la encina les provee de flechas, y el fresco de canoas.

Las yerbas y las plantas son en extremo variadas, pero las que cubren las campiñas son: la yerba de búfalo, de siete á ocho piés de alto; la yerba trifolia, la avena-locá ó arroz silvestre, y el añil.

En un suelo fertilísimo se encuentra generalmente á cinco ó seis piés de profundidad, un lecho de piedra blanca, base de un excelente humus; pero á medida que el viajero se aproxima al Misisipi, halla primero una superficie de tierra fuerte y negra, despues una capa de greda de diversos colores, y por último bosques de cipreses-calvos, hundidos en el cieno.

Al borde del Chanon, y á doscientos piés de profundidad del agua, se pretende haber visto trazados caracteres en las paredes de un precipicio, y de aquí se ha inducido que el agua corria en otro tiempo á aquel nivel, y que sin duda naciones desconocidas escribieron aquellas letras misteriosas al pasar por el rio.

(2) Hoy son ya conocidas las fuentes del Missouri, y no se ha encontrado en aquellas regiones mas que salvajes. Tambien es necesario relegar á la fábula, por iguales razones, la historia de un templo en que se halló una Biblia, que no podia ser leida sino de los indios blancos, poseedores del templo, y que habian perdido el uso de la escritura. Por lo demás, la colonizacion de los rusos al Nor-Oeste de América, ha podido muy bien haber servido de fundamento á la creencia de haberse establecido un pueblo blanco en las fuentes del Missouri, que ha venido repitiéndose de boca en boca.

Una transición súbita de temperatura y de clima, se observa en el Ohio: en las cercanías de Canaway, el ciprés-calvo cesa de crecer; los sasafrás desaparecen, y las selvas de encinas y de olmos se multiplican. Todo toma un colorido diferente: los verdes se oscurecen, y los matices se hacen mas sombríos.

En el rio puede decirse que no hay mas que dos estaciones: cayendo las hojas repentinamente en noviembre, las nieves se suceden inmediatamente, y apareciendo despues el viento Nor-Oeste, se establece por completo el reinado del invierno. Un frio seco que disipando toda clase de bruma, descubre el cielo en toda su pureza, continúa hasta el mes de marzo; entonces el viento torna al Nord-Este, y en menos de quince dias, los árboles cargados de escarcha, aparecen cubiertos de flores. El estio se confunde con la primavera.

La caza es abundante. Los patos nadadores, las pardillas azules, los cardenales y los gilgueros purpúreos brillan entre el verdor de los árboles; el ave *whetshaw* imita el ruido de la sierra; el ave-gato maulla, y los papagayos, que toman algunas palabras, revoloteando al rededor de las habitaciones, las repiten en los bosques. Un gran número de estas aves se alimentan de insectos: la oruga verde del tabaco, el gusano de una especie de morera blanca, las moscas de luz y la araña acuática les sirven principalmente de alimento; pero los papagayos, reuniéndose en grandes bandadas, devastan de tal modo las sementeras, que se concede una prima al que presente una cabeza de estas aves, así como al que consigue dar caza á las ardillas.

El Ohio ofrece poco mas ó menos los mismos peces que el Misisipi, siendo muy comun coger truchas de treinta y treinta y cinco libras, y una especie de esturion que tiene la cabeza en forma de paleta de remo.

Continuando el curso del Ohio, se pasa un pequeño rio llamado el Lic de los grandes huesos. Llámase *lic* en América á los bancos formados de una tierra blanca y poco gredosa, que los búfalos se complacen en lamer, y en la cual abren surcos con la lengua. Los excrementos de estos animales están tan impregnados de la tierra del lic, que parecen trozos de cal. La causa de buscar los búfalos estos lics, es la mucha sal que contienen, sales que sirven para curar á los rumiantes de los torozones que les produce la crudeza de las yerbas. Esto no obstante, las tierras del valle del Ohio no son saladas al gusto, sino que por el contrario, son extraordinariamente inspidas.

El lecho del lic es uno de los mayores que se conocen, y los vastos caminos que los búfalos han trazado á través de las yerbas para llegar á él, serian espantosos, si no se supiese que estos toros salvajes son las criaturas mas pacíficas. En este lic se ha descubierto una parte del esqueleto de un elefante, fósil; el hueso de la pierna pesa 70 libras; las costillas cuentan en su curvatura siete piés, y la cabeza tres de largo; los dientes molares tienen cinco pulgadas de ancho por ocho de alto, y las defensas catorce pulgadas de la raíz á la punta.

Despojos semejantes han sido hallados en Chile y Rusia, y los tártaros pretenden que el elefante, fósil existe en su país en la embocadura de los rios, asegurándose tambien que los cazadores lo han perseguido al Oeste del Misisipi. Si la raza de estos animales ha perecido, ¿cómo creer cuándo se ha verificado aquella destruccion en países tan diversos y en climas tan diferentes? Nada sabemos acerca de esto, y sin embargo, diariamente pedimos cuenta á Dios de sus obras.

El Lic de los grandes huesos está á cerca de treinta millas del rio Kentucky, y á ciento ocho proxima-mente de las corrientes del Ohio. Las márgenes del rio Kentucky están abiertas á pico á modo de muros, y se descubre en aquel lugar un camino hecho

por los búfalos que bajan de lo alto de una colina, de las fuentes de betun que se puede quemar á guisa de aceite, de las grutas embellecidas por columnas naturales, y de un lago subterráneo que se extiende á distancias desconocidas.

En la confluencia del Kentucky y del Ohio, el paisaje despliega una pompa extraordinaria: allí se ven rebaños de cabras, que desde la punta de una roca miran al hombre deslizarse sobre las aguas; allí se admiran bosquecillos de pinos que á manera de ramilletes se proyectan horizontalmente en las ondas, y por último risueñas praderas que se dilatan hasta perderse de vista, mientras que las selvas extendiéndose á manera de preciosos cortinajes, ocultan la base de algunas montañas, cuya cima aparece en lontananza.

Este país tan magnífico se llama sin embargo el Kentucky, del nombre de su rio, que significa *rio de sangre*, debiendo este funesto nombre á su belleza misma: por espacio de mas de dos siglos se disputaron la caza de aquel bello país, las naciones del partido de los queroqueses y las del de los iroqueses. En aquel campo de batalla ninguna tribu india osó fijar su residencia: los sawanoes, los miamis, los pianki-ciawoes, los wayoes, los kaskasias, los delawarees y los illineses, todos iban alternativamente á combatir-se allí; pero jamás se elevó en aquella extension una choza india. Solo hácia el año 1752 fue cuando los europeos empezaron á saber algo positivo acerca de los valles situados al Oeste de los montes Alleghany, llamados primero las *montañas Enebles* (sin fin), ó *Kittaniny* ó *montañas Azules*. Empero Charlevoix, en 1720, habia ya hablado del curso de Ohio, y el fuerte Duquesne, hoy fuerte Pitt (Pitt's-Burgh), fue construido por los franceses en la union de los dos rios, fuentes del Ohio. En 1752, Luis Evant publicó un mapa del país situado en el Ohio y Kentucky; Jacobo Macbrive hizo una excursion á aquel desierto en 1754; Jones Finley penetró en él en 1757; y por último el coronel Boone lo descubrió por completo en 1769, y se estableció en él con su familia en 1775.

Preténdese que el doctor Wood y Simon Kenton fueron los primeros europeos que bajaron el Ohio en 1773 desde el fuerte Pitt hasta el Misisipi; pero el orgullo nacional de los americanos les conduce á atribuirse el mérito de la mayor parte de los descubrimientos al Occidente de los Estados-Unidos: debe no obstante tenerse presente que los franceses del Canadá y de la Luisiana, que llegaron por el Norte y Mediodía, recorrieron aquellas regiones mucho tiempo antes que los americanos que vinieron de la parte de Oriente, y que incomodaron en su ruta á la confederacion de los Creeks, y á los españoles de las Floridas.

Esta tierra comenzó (1791) á poblarse por las colonias de la Pensilvania, de la Virginia y de la Carolina, y por algunos de mis desgraciados compatriotas, que huyeron de los primeros furios de la revolucion.

¿Las generaciones europeas serán mas virtuosas y mas libres en aquellas regiones que las generaciones americanas que han exterminado? ¿Los esclavos no labrarán ya la tierra bajo el látigo de su señor, en aquellos desiertos donde el hombre ostentaba su independencia? ¿Las prisiones y calabozos no reemplazarán á la cabaña abierta y la alta encina que no lleva mas que el nido de las aves? ¿La riqueza del suelo no hará nacer nuevas guerras? ¿El Kentucky cesará de ser la *tierra de sangre*, y los edificios humanos embellecerán las orillas del Ohio mejor que los monumentos de la naturaleza?

Del Kentucky á las corrientes del Ohio se cuentan cerca de 80 millas, y estas corrientes ó cascadas están formadas por una roca que se extiende bajo el agua en el lecho del rio: su descenso no es ni peligroso, ni difícil, pues su caída media no es mas que de cuatro ó cinco piés en el espacio de un tercio de legua. El rio